

Los árboles del plof

ERASE una vez, en un bosque muy lejano, una bruja llamada Rosalinda de Riosín, pero a la que todo el mundo conocía como la bruja Pamplinas. Se ganó el sobrenombre a pulso, por sus numerosos despistes y meteduras de pata.

Por ejemplo, en una ocasión, un aldeano le pidió la pócima para el dolor de muelas y ella le dio la poción de levitación. El pobre, al

tomarla, empezó a elevarse en el aire, y flotó y flotó pidiendo auxilio. Todo el pueblo salió a intentar atraparle con sus cazamariposas. ¡Fue un acontecimiento inolvidable! Algunos aldeanos treparon por los árboles, otros le aguardaban sobre los tejados de sus casas. En fin, fue tan divertido que, mucho tiempo después, los niños seguían persiguiéndole por las calles y le pedían que flotara otra vez.



La bruja Pamplinas no era ni buena ni mala; era despistada, un poco torpe y muy miope. No tenía mal carácter, pero tampoco era muy sociable. No era ni joven ni vieja, ni gorda ni delgada, ni alta ni baja. Tenía el pelo castaño y los ojos azules, que brillaban alegres a través

